

# La era de los caudillos en la República Dominicana\*

Rafael Darío Herrera Rodríguez\*\*

## La génesis del caudillismo

El largo período del decurso histórico nacional comprendido entre 1844 y 1931 fue dominado por el caudillismo. En este lapso se pueden deslindar dos grandes etapas. La primera comprende el período entre 1865 – 1886, en la cual se definieron los rasgos básicos del caudillismo dominicano así como algunos patrones de su actuación, los cuales fueron asumidos por los caudillos de la segunda etapa, que se inició en este último año y culminó en 1931, cuando fue abatido el último de los caudillos, el General Desiderio Arias. Esta última etapa, sin embargo, no fue homogénea, en tanto comportó diversos reordenamientos, tal como veremos más adelante.

El caudillismo fue un fenómeno político prácticamente universal en América Latina, cuya emergencia se produjo a partir de los procesos revolucionarios que se desarrollaron en la región contra el dominio colonial español. A pesar de que algunos caudillos defendieron los intereses nacionales,

---

\* Conferencia pronunciada en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia la noche del jueves 11 de marzo de 2005.

\*\* Profesor universitario y miembro correspondiente nacional de la Academia Dominicana de la Historia.



contribuyeron a la independencia y la unidad de los pueblos e, incrementando la conciencia política, en general, se convirtieron en el obstáculo más formidable para la constitución del Estado-nación.<sup>1</sup>

A partir de 1844, en la sociedad dominicana se verificó una primacía del poder ejecutivo sobre los demás poderes del Estado, que surgió seriamente disminuido en sus funciones burocráticas y racionalizadoras, lo cual lo inhabilitó para la unificación del conglomerado social. Luego de esto, se creó un ámbito fértil para el auge de los caudillos, quienes militaron en contra de la formación de un Estado nacional y de la cohesión del conglomerado social. Su espacio territorial se hallaba fragmentado y difuso. El poder, en lugar de estar concentrado en un conjunto de aparatos, se hallaba completamente atomizado, personalizado en los caudillos regionales, quienes permeaban las pocas instituciones conformadas en esa etapa.<sup>2</sup>

Esta situación impedía que el Estado adquiriera sustancia económica, pues estaba privado de su principal fuente de ingresos fiscales que eran las aduanas, las cuales estaban bajo el control privado de los caudillos, lo que impedía su autonomía. El Estado de esta época no respondía al interés general de la nación. El hiato existente entre el Estado y la sociedad, en el período 1844 –1916, ha sido resaltado por José Ramón López en los siguientes términos:

- 1 Héctor Incháustegui Cabral se queja de que nuestros caudillos sólo se limitaron a pelear, pues lo importante para ellos eran “*las condiciones animales del hombre*”. Cfr. *El pozo muerto*. Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, s/f, p. 44.
- 2 José Oviedo y Pedro Catrain. *La cuestión nacional y la conformación del Estado en República Dominicana*. Santo Domingo, Cuadernos del Centro de Investigaciones Antropológicas (CENDIA) de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), 1983.



*“Los hombres que se adueñan del Poder constituyen un trust que reparte desde arriba dádivas y violencias, injusticias y favoritismos, con los cuales aterra a unos y corrompe a otros y organiza una legión de alquilados para azuzarla contra cada singular ciudadano. En el Estado actual no hay más sociedad que la del Poder Ejecutivo. La del pueblo no es sociedad, sino un grupo gregario desprovisto de todos los medios de acción acaparados por el Ejecutivo.”<sup>3</sup>*

Una revisión somera de la coyuntura posterior a la Guerra Restauradora depara elementos para comprender cómo se gestó el caudillismo, sobre todo, si tomamos como referencia una de las expresiones de la crisis estructural e institucional de la sociedad dominicana como fue la degradación que se produjo en el aparato militar. Los magros ingresos que percibía el Estado luego de 1865, le impedían el sostenimiento de un ejército regular. Los reducidos batallones que laboraban en el servicio público, eran, al decir de Luperón, “viciosos y desordenados”, integrados por criminales carentes del sentido de la disciplina y el orden. Para compensar la falta de salarios y poder satisfacer sus depravaciones, estos sujetos vendían sus fusiles, vestimentas y pertrechos. Faltos de sueldos, sin disciplina y sin honor militar, eran incorregibles.<sup>4</sup>

La descomposición del aparato militar generó la formación de una miríada de generales, muchos de los cuales se forjaron en las frecuentes contiendas militares que se

---

3 José Ramón López. *Ensayos y artículos*. Santo Domingo, Fundación Corripio, 1991, (Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Vol. X), p. 158.

4 Gregorio Luperón. *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, Tomo III. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1974, pp. 34-35. Para 1882, las fuerzas armadas dominicanas estaban integradas por 1,500 soldados, 150 de los cuales se hallaban en la Comandancia de Armas de Montecristi.



produjeron en la etapa posterior a las Guerras de Independencia, mientras otros, sin formación ni práctica militar alguna, obtuvieron la designación de algunos gobiernos post restauradores, como fruto de la inveterada política clientelista de los diferentes gobiernos de Buenaventura Báez, Ignacio María González y Cesáreo Guillermo, quienes engrosaron sustancialmente la cantidad de generales al designar a más de mil, los cuales pasaron a depender de los esmirriados recursos estatales.

El predominio de los caudillos regionales, o jefaturas locales, estaba asociado también a la creación de las Delegaciones Regionales durante la Guerra Restauradora, bajo la dirección de una figura militar, responsable de encabezar la lucha antianexionista, que, con el discurrir del tiempo, adquirió un poder prácticamente absoluto sobre el conglomerado regional bajo su égida y terminó perpetuándose en el poder. Su encomienda básica era el mantenimiento del orden y sofocar los conatos de rebelión que eventualmente se generasen.

Cada caudillo generalmente recibía del gobierno con el que había pactado, una porción del presupuesto nacional, para gastarlo a su discreción. En el caso de las ciudades marítimas o fronterizas, y dada la no diferenciación entre la economía y la política, entre lo público y lo privado, a los caudillos regionales se les cedía el control de los impuestos sobre importaciones, solventados en el puerto de desembarque, lo que les permitía obtener préstamos de los comerciantes locales para financiar sus ejércitos privados. Hasta la dictadura de Heureaux, los préstamos a comerciantes nacionales y a financistas internacionales representaban la principal fuente de ingresos del Estado, dada la imposibilidad de organizar un eficiente aparato fiscal.



El caso del general Benito Monción (1826–1898) permite ilustrar palmariamente el destino de los generales que participaron en la Guerra Restauradora, la fragmentación política que se verificó en la sociedad dominicana y el estado de autarquía que adquirió la región noroeste. Aunque nativo de La Vega, desde muy joven, Monción se trasladó a vivir a la comunidad fronteriza de Dajabón, y luego fijó su residencia en Guayubín, iniciándose en las lides revolucionarias como ayudante del general Santiago Rodríguez.

Posteriormente, participó tanto en las Guerras por la Independencia de Haití como en la Guerra Restauradora, luego de la cual instauró un Estado dentro de otro Estado en la Línea Noroeste,<sup>5</sup> y se convirtió en una figura autónoma imponiendo en esa demarcación un poder con ribetes netamente absolutistas. Los gobiernos de turno le asignaban una porción del presupuesto a fin de que pudiera operar su feudo. En una ocasión, por ejemplo, adquirió 50 fusiles para los miembros de su escolta. Monción, caudillo astuto, suspicaz, sigiloso, sólo aceptaba negociar dentro de los límites de su región y, con el discurrir del tiempo, hizo de las revueltas su actividad predilecta.

Por esta razón en él se cristalizaron algunos rasgos deleznales de los caudillos: escaso respeto por la vida humana, pues, tal como se estilaba en la época, ordenaba el fusilamiento de cualquier ser humano e inconstancia en sus adhesiones a caudillos de dimensiones nacionales. A tono con esto último, en enero de 1865 contribuyó con Pimentel al derrocamiento de Polanco y, al poco tiempo, estaba ya conspirando contra el mismo. Antibaecista, luego ferviente baecista en los famosos Seis Años de este gobernante, período

---

5 El nombre de Línea se le asignó a esta parte nor occidental de la República por antonomasia con la línea fronteriza.



durante el cual compartió los ideales anexionistas. Pero, en 1877, encabezó una rebelión contra el propio Báez. Originariamente, Monción fue un leal colaborador de su compadre Ulises Heureaux que lo designó, en 1879, al frente de la gobernación del Distrito Marítimo de Montecristi, y luego quebró los vínculos con éste a raíz de la Revolución de Moya. Aunque ya para esta fecha su capacidad militar estaba seriamente disminuida.

En su condición de gobernador de Montecristi, Monción, que miraba a sus subordinados con ínfulas de príncipe generoso, actuó con severidad contra los delincuentes que operaban en la frontera. Los sorprendidos *in fraganti* eran fusilados en el acto; sin embargo, esta medida no logró menguar la práctica del abigeato en la región. Alguien cercano a Monción, según refiere Rufino Martínez, le sugirió un procedimiento extremadamente atroz: castrar a los haitianos apresados y luego liberarlos. Y, al divulgarse el proceder de Monción a lo largo de la frontera norte, cesó la práctica del abigeato.

## Campesinos y caudillismo

La base de sustentación, o clase apoyo de los caudillos regionales estaba constituida por los grupos campesinos, conglomerado social mayoritario, percibido por los sectores ilustrados urbanos como el más grave obstáculo para alcanzar la modernización del país. En los textos de José Ramón López, por ejemplo, encontramos un repertorio de calificativos denigratorios del campesino:

*“raza de ayunadores que vegetan sin higiene, presa de las enfermedades más repugnantes”, que “viven hundidos en las tinieblas de su miseria física y moral”, “incestuosos”, “jugadores empedernidos”, “ladrones”, “ignorantes”,*



“homicidas”, “perezosos”, etc. Para este sociólogo, “los rasgos principales que la degeneración ha impreso en el carácter de los campesinos son: la imprevisión, la violencia y su doblez.”<sup>6</sup>

Ahora bien, cabe preguntarse, ¿por qué los pobladores rurales se adherían masivamente a los caudillos? Dos factores explican el fenómeno. En primer término, el deseo de movilidad social, de obtener recursos para asegurar la solución de elementales problemas existenciales. Enrolarse en las revueltas le aseguraba al hombre común un alto nivel de inmunidad, participar de las dádivas y en actos de pillaje, obtener algún rango militar, y sobre todo, una mayor primacía ante sus congéneres en un entorno donde primaba la inseguridad. En segundo lugar, es posible que en la adhesión a las revueltas incidiera un elemento de carácter subjetivo, referido a esa conciencia heroica, propia de las sociedades premodernas.

En el período post Guerra Restauradora, los campesinos dominicanos habían manifestado una propensión a la violencia. Los ejércitos revolucionarios estaban integrados por pobladores rurales. En 1874, y con el propósito de contrarrestar la tendencia de los campesinos a adherirse a las revueltas protagonizadas por los caudillos, el presidente González desarrolló una campaña a través de los periódicos, orientada a desarraigar esta cultura violenta y la tendencia levantisca de los pobladores rurales. En un periódico

6 Cfr. José Ramón López, *Ensayos y artículos*. En la página 36 de este mismo texto, y refiriéndose a la última característica, López resalta que el campesino en “política tiene (...) un sistema de interés personalísimo que no se cree ligado a ninguna promesa (...). En elecciones, en guerras, casi todos los jefes rurales se comprometen con ambos contendientes, reciben merced de ellos, les prestan por mitad su gente; y sólo se deciden formalmente por uno cuando ven al otro completamente perdido e inexplotable.”



progubernamental del 25 noviembre de este año, se incluyó un artículo propagandístico con el elocuente título “*Odien el sable y quieran al machete*”, en el que se proporcionaban las siguientes indicaciones:

1. El sable los separa de sus familias, el machete los une a ellas;
2. El sable les roba a sus hijos, el machete se los conserva;
3. El sable les causa gastos, el machete se los repara;
4. El sable los lleva a la cárcel y al presidio, el machete los salva de ambas cosas;
5. El sable pide sangre; el machete nunca;
6. El sable en fin, es el compañero del licor que embrutece, del vicio que es la miseria, de la revolución que mata de hambre; el machete es el hermano que da fuerza, vida, honra, dinero y consideraciones.<sup>7</sup>

La valentía devino en el valor supremo de la escala de valores vigentes en la sociedad rural de entonces. Los caudillos hacían caso omiso del ordenamiento constitucional que prohibía el asesinato por razones políticas. En el fandango y la gallera, principales medios de diversión de los habitantes rurales, la violencia era cosa común. En realidad, a la vida humana se le atribuía escaso valor. Los frecuentes conflictos que se sucedían eran dirimidos apelando únicamente a la violencia.

Dijo Espailat en 1875:

---

7 Citado por Jaime Domínguez en *Notas económicas y políticas dominicanas sobre el período julio 1865 – julio 1886*. 2 vols., Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1984, (Colección Historia y Sociedad, vol. CCCXXVI, núm. 60), tomo I, pp. 393 - 394.





*“Los dominicanos, tenemos algunas cosas que en realidad nos son peculiares; tales como la de creernos más valientes que todas las demás razas”.*<sup>8</sup>

## Actitud de los intelectuales ante el caudillismo

En general, los reducidos grupos ilustrados urbanos de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX que llegaron a proclamar la inviabilidad de la nación dominicana, percibieron a los caudillos como una retranca para el progreso y civilización de la sociedad. Emiliano Tejera, por ejemplo, equiparó el revolucionario con el cerdo, ponderándolos como los dos principales males del país a inicios del siglo XX. En su característica visión negativa del pueblo dominicano, Espaillat vio en los caudillos rurales los portadores de la ignorancia y la barbarie. Espaillat, que siempre ironizó sobre el estilo de vida de los dominicanos, sostuvo que ir a los gallos y hacer la revolución constituían las dos actividades predilectas de la “*adormecida*” sociedad dominicana.

En una fecha tan temprana como 1858, Bonó denunciaba la guerra civil como uno de los supremos males que aquejaban a la patria. Las revoluciones habían corrompido de tal modo a la sociedad que cualquier esfuerzo a favor del bien era recibido con timidez cuando no combatido. Las revueltas, a su juicio, dejaban un profundo sentimiento “*de pesar y tristeza*” y abrían una vía para la destrucción definitiva de la República, tal como se desprende de las siguientes palabras:

*“El espectáculo de un pueblo turbulento, mal avenido siempre con el Gobierno que acaba de elegir, y el de este gobierno siempre descontento con la ley que lo ha creado; del primero, conspirando o en actitud de conspirar contra el*

---

8 Ulises F. Espaillat. *Escritos*. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1987, p. 95.



*segundo, y éste demoliendo o amagando demoler las leyes que protegen al ciudadano, bajo el falaz pretexto unos y otros, de encontrar por esos rumbos, el camino de la libertad, del reposo, del orden. Todo esto hace augurar una disolución definitiva de su forma actual.*"<sup>9</sup>

José Ramón López, por su parte, descalificó a los caudillos para ejercer el gobierno. Aseguraba que éstos se forjaban ejecutando algunos actos de valor y muchos de crueldad, o mandando a otros a ejecutarlos. Esta categoría de sujetos carecían de educación para el gobierno de los pueblos. *"Porque gobernar es, precisa e indeclinablemente, lo contrario de lo que fue la génesis de esos prestigios y espina dorsal del carácter del caudillo."*<sup>10</sup> Para López, el caudillismo era el *"mal mayor del país"*, efecto de otros males primarios. Florecía como *"vegetación silvestre"*, reinaba en todas partes desde *"las blandas puntas de las raíces del árbol social"*. Los caudillos ocupaban todos los intersticios del tejido social:

*"Había caudillejos en todas partes, de todos los tamaños y de todas las calañas. El caciquismo era la organización política imperante. En la Sección Rural había un caudillo gobernante y un caudillo de oposición o de revolución. En las ciudades, cada barrio disfrutaba de la sabrosa bienaventuranza de dos o más caciques más o menos brutos y engreídos. Representantes de la ignorancia económica y sociológica, eran tanto más caciques cuanto más bestiales."*<sup>11</sup>

La guerra, convertida en estado permanente, provoca efectos deletéreos en la sociedad dominicana, sostenía López,

9 Pedro Francisco Bonó, *Ensayos sociohistóricos. Actuación pública*. Santo Domingo, Editora Corripio, 2000, p. 67 (Fundación Corripio, Biblioteca de Clásicos Dominicanos, vol. XXXII).

10 José Ramón López. *Ensayos y artículos*, p. 147.

11 *Ibid.*, p. 196.

ya que ésta, con “*sus privaciones*”, “*sus brutalidades*”, “*su refractarismo a la buena crianza*” contribuyó a la degeneración intelectual, y ésta a su vez, propició las revueltas. Además, con la guerra permanente, la ociosidad se hacía voluntaria; la riqueza destruida, o dejada de producir, reducía lo que le correspondía a cada uno de los ciudadanos; se debilitaban los vínculos morales e incrementaba el número de malhechores y habituaba a los demás a no percibir con horror el crimen.

*“Al fin de la contienda, el habitante se ha vuelto un haragán empobrecido y tal vez delincuente, que será padre de pícaros y abuelo de brutos, si no se modifican enérgicamente las circunstancias que lo impulsaron al descenso.”*<sup>12</sup>

Otro conspicuo intelectual, Américo Lugo, repudió con vehemencia el caudillismo, aunque desde otra tesitura. Frente al desorden que éste imponía así como ante la imposibilidad de alcanzar la estabilidad política, propuso regular por la fuerza las relaciones de poder.<sup>13</sup> Al ascender Juan Isidro Jimenes al poder mediante la Revolución de Julio de 1903, Lugo, aludiendo a los caudillos, le sugirió discontinuar las donaciones a quienes vivían a costa del presupuesto y no rendían culto al trabajo, a la honradez y al orden. Desde un ángulo más folklórico y más superficial, Ramón Emilio Jiménez deparó una tipología del caudillo, ponderándolo de ladino, temático, ignorante, arbitrario, enamorado, gallero, cafetero, mujeriego y otros calificativos de este género.

---

12 Ibidem., p. 27.

13 Roberto Cassá. “Teoría de la nación y proyecto político en Américo Lugo”, prólogo a las *Obras escogidas de Américo Lugo*, Vol. I., Santo Domingo, 1993, p. 37 (Fundación Corripio, Biblioteca de Clásicos Dominicanos Vol. XIV.



## El caudillismo a partir de 1886

A partir de 1886, se produjo una recomposición del caudillismo a raíz de la instauración de la dictadura de Heureaux, el desarrollo de la economía exportadora y la articulación entre el capital y el Estado que dio lugar a la formación de un poder centralizado. En este contexto, los intelectuales nacionales abogaron por la entronización del autoritarismo a través de la figura del general Heureaux, frente al estado de inestabilidad social y política que se derivaba de la acción de los caudillos y como la única mediación viable para alcanzar la tan anhelada paz:

*“Solamente tenemos hoy en el partido tres hombres que pueden gobernar el país. Usted (Bonó, RDH), Lilises y el General Benito Monción. Si Usted acepta la presidencia, Lilises y Monción le servirían como lo hacen hoy con el Padre (Meriño, RDH). Si Usted no acepta, fíjese en Lilises y por falta de éste en el General Monción.”*<sup>14</sup>

A los pocos meses, Luperón le indicaba a Bonó que:

*“Solamente el General Heureaux hoy y después usted podrán evitar el abismo que se le abre a la independencia de nuestra querida Patria.”*<sup>15</sup>

Por su retraimiento de las funciones públicas, a raíz del fusilamiento del depuesto presidente José Antonio Salcedo (*Pepillo*), así como por sus reservas hacia el ejercicio del poder en la República Dominicana, Bonó rehusó las reiteradas ofertas de Luperón. Sin embargo, al igual que Emiliano

14 Pedro Francisco Bonó. *El montero. Epistolario*. Santo Domingo, Editora Corripio, 2000, p. 174. (Fundación Corripio, Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Vol. XXXI). Le dijo Bonó a Luperón en una carta de noviembre de 1883, “*El poder para ejercerlo, se necesita amarlo y yo no lo amo*”, p. 453.

15 *Ibidem*.



Tejera, que al decir de Peña Batlle, mantuvo una “*neutralidad benévola*” hacia Heureaux, en los primeros días de marzo de 1882, le expresó al líder azul que había tomado “*con calor la candidatura del General Heureaux manifestando a todos lo cierto de los particulares de su carta y lo útil para todos elevarlo a la Presidencia*”, por haber demostrado “*ser el militar más afortunado*”, aunque se inclinaba porque el candidato fuera de Santo Domingo por el largo predominio del Cibao sobre el Ozama.<sup>16</sup>

Heureaux, conoedor al dedillo de los entresijos de la psicología de los dominicanos, desarrolló una política destinada a captar para su gobierno a los provincianos más sobresalientes, además de rodearse de los más valerosos caudillos, con quienes compartió el poder del Estado. En Santiago, designó al frente de la Gobernación al sanguinario general Perico Pekín; en la Secretaría de Marina y Guerra; al general Miguel Andrés Pichardo, ponderado como “*la mayor capacidad militar de la época*”; y en Montecristi, al general Benito Monción. Los caudillos que se rebelaron fueron eliminados sin contemplación.

Algunos historiadores nacionales han tratado de establecer una causalidad entre el caudillismo y la modernidad. Es bien cierto que el advenimiento de la modernidad en la sociedad dominicana a fines del siglo XIX implicó una disminución sustancial de los grupos caudillistas, pero no se trata de una fórmula inmutable, que se verifica en todos los casos. En Montecristi, por ejemplo, la persistencia del caudillismo estuvo asociada al atraso de sus fuerzas productivas. El desarrollo de la agricultura moderna en esta provincia tuvo efectos paradójicos al afectar sensiblemente la crianza libre de ganado, practicada de manera extensiva, y con

---

16 Pedro Francisco Bonó. *El Montero. Epistolario*, p. 183.



ello a los sectores más empobrecidos de la localidad, asociados a la cultura premoderna.

Por el contrario, en el este del país, el desarrollo de la industria azucarera, lejos de socavar los fundamentos del caudillismo, dadas las expropiaciones masivas de tierra ejecutadas por los capitalistas azucareros, le imprimió nuevos bríos al fenómeno. En Santiago y en el llamado Cibao Central, los caudillos prácticamente desaparecieron del escenario político, exceptuando la figura de Cipriano Bencosme, en la provincia Espaillat. En el sur del país, y asociado a la cultura rural, se desarrolló más bien un movimiento mesiánico.

## El caudillismo noroestano

Junto a la región este, la del noroeste fue una de las más pródigas en la generación de caudillos, en lo que incidieron diversos factores. Uno de ellos estaba asociado a las condiciones de acentuada aridez y al fuerte déficit demográfico que tradicionalmente ha caracterizado este espacio fronterizo.<sup>17</sup> Los primeros atisbos de modernidad empezaron en la segunda década del siglo XX con la construcción de los canales de riego a cargo del ingeniero belga-flamenco Monsieur Bogaert, en la pequeña comarca de Mao. Hasta los años 40 del siglo XX, cuando se instaló la Grenada Company en la provincia de Montecristi, la tierra

17 Los más sobresalientes caudillos noroestanos fueron: Lucas Evangelista de Peña, Juan Chávez, Gaspar Polanco, Pedro Antonio Pimentel, José Antonio Salcedo, Diego y Gavino Crespo, Juan Gómez, Federico de Js. García, Benito Monción, Ramón y Amadeo Tavárez, Cirilo de los Santos (*Guayubín*), Andrés Navarro, Demetrio Rodríguez, Rocilién, Evangelista Peralta (*Tío Sánchez*), Desiderio Arias, Carlos Daniel, Salomón Haddad, Máximo Cabral, los hermanos Jiménez (Cesáreo y Mauricio), etc.



continuó siendo un recurso abundante, razón por la cual no representó una fuente de conflicto, como aconteció en el este.

Con la desaparición física de Heureaux, emergió otro grupo de caudillos que se aglutinaron en torno a dos figuras que de un modo o de otro estuvieron vinculados al dictador, y a quienes se le regateaba uno de los atributos cardinales del caudillo que era el valor personal: El general Horacio Vásquez, quien se inició en los menesteres revolucionarios como colaborador de Heureaux y combatió al moyismo en 1886 al frente de la Guardia Nacional de Moca; y Juan Isidro Jimenes, socio comercial de Lilís en la poderosa Casa Jimenes, a quien se le reconocían habilidades excepcionales para el comercio pero no así para la política, como se puso de manifiesto en la fracasada Expedición del Fanita, en 1898. Es preciso resaltar que Jimenes siempre asumió ideales cívicos y democráticos y, al igual que Báez, siempre esperó que sus acólitos le gestionaran el ascenso al poder.

Jimenes tuvo una influencia descomunal en la Línea Noroeste; todos los caudillos noroestanos, una parte de los antiguos lilisistas y un nutrido grupo de intelectuales nacionales hicieron causa común con él. En la Línea Noroeste se le dio continuidad a la arraigada tradición guerrerista instituida por los caudillos restauradores, principalmente en lo que concernía al dominio de los preceptos de la guerra de guerrillas, a la capacidad para establecer pactos que le asegurasen ventajas para la región, etc. Los caudillos jimenistas, luchaban con ahínco para preservar la autonomía de la región y, sobre todo, su principal fuente de sustentación: los derechos aduanales y los beneficios que se derivaban del tráfico comercial fronterizo. De hecho, Montecristi fue la provincia del país que mayor resistencia opuso a la Convención Domingo–americana de 1905. Esta disputa enfrentó a los caudillos noroestanos con el incipiente



imperialismo norteamericano, pues los primeros estaban vinculados a los comerciantes alemanes, que participaban activamente en el comercio de maderas. El general Demetrio Rodríguez incluso se educó en Alemania.

Desde 1898, a los Estados Unidos le preocupaba la intensa actividad comercial que desarrollaban los alemanes en Montecristi y el respaldo financiero que le proporcionaban a la Casa Jimenes. La preocupación de los norteamericanos tenía su fundamento en el hecho de que los buques de guerra de Alemania patrullaban las aguas dominicanas, en mayo de 1903.

En 1904, los servicios de inteligencia estadounidenses tuvieron acceso a una correspondencia dirigida por el general Rodríguez al Cónsul General de Alemania en Santo Domingo en la que le aseguraba que ante un eventual triunfo de Jimenes, los Estados Unidos nunca obtendrían concesiones territoriales en Santo Domingo debido a los vínculos de este último con los alemanes. En ese mismo año, los representantes consulares norteamericanos descubrieron que unos cartuchos que habían sido embarcados por los rebeldes partidarios de Jimenes estaban consignados a Lemcke and Company de Montecristi, firma propiedad de alemanes. Algunos periódicos europeos, recopilados por los norteamericanos, resaltaban el interés de Kaiser Guillermo en adquirir concesiones en Santo Domingo a fin de controlar el Canal de Panamá, proteger los intereses de Alemania en el Nuevo Mundo y dictaminar el futuro de Sur América.<sup>18</sup>

---

18 Nancy González. “Desiderio Arias, caudillo y héroe cultural”. *El Pequeño Universo de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Santo Domingo* (UASD), No. 1, p.7. Santo Domingo, julio–septiembre de 1971.





Los caudillos noroestanos mostraron mayor vocación de poder y un superior grado de agresividad que los demás caudillos regionales, pues defendían a todo trance a su principal dirigente, Juan Isidro Jimenes, tarea en la cual frecuentemente traspasaban los linderos de la propia región. Así vemos cómo el general Demetrio Rodríguez se desplazó hasta San Pedro de Macorís y Puerto Plata; Desiderio Arias peleó en Santiago, La Vega y Puerto Plata. Una prestante dama de Montecristi, doña Emilia Jimenes Vda. Rodríguez se tiene la certeza de que financió la revuelta que depuso al general lilisista Alejandro Woss y Gil, quien tenía repleta la Fortaleza Ozama de prisioneros linieros.

La participación de los caudillos noroestanos en el comercio fronterizo, así como la colaboración que brindaron a los *cacos* haitianos, principalmente al Dr. Rosalbo Bobó, condujo a los norteamericanos a calificarlos de bandidos, principalmente al general Desiderio Arias. Esto ha generado confusiones incluso entre cientistas sociales. La antropóloga Nancy González, por ejemplo, basándose en fuentes norteamericanas, refiere que:

*“Hay claras evidencias de que él introdujo armas y municiones de contrabando en el país de diversas maneras durante un largo período, de que actuó como mercenario por lo menos para un presidente haitiano (Charles Zamor), y de que vendió sus servicios a los dominicanos ambiciosos de poder tanto como a los comerciantes de Montecristi y de cualquier parte, que estuvieran interesados en pagar y pudieran hacerlo a cambio de ayuda política y para mantener lo que ellos consideraran una atmósfera apropiada para sus provechosos negocios de exportación e importación.”*<sup>19</sup>

---

19 Ibidem, p. 6.



Con el ascenso del general Ramón Cáceres y la formación del primer ejército moderno del país, la célebre Guardia Republicana, se produjo un reordenamiento del caudillismo liniero. Este caudillo, dotado de visos anticaudillistas, desplegó una ofensiva (cuyo más remoto antecedente fueron las Devastaciones y Despoblaciones de Osorio en 1605–1606) que desarticulaban el caudillismo de la región. Al igual que Heureaux, la estabilidad del gobierno de Cáceres se debió a que de manera inteligente, delegó poderes a los grupos intelectuales con la finalidad de menguar la preponderancia de los caudillos.

En Montecristi, Cáceres designó como gobernador al antiguo cochero Manuel Camacho, quien, con la mediación del cura local, convocó a una reunión en Guayubín supuestamente conciliatoria y desató una cruel matanza contra los jimenistas. En Barahona, puso al frente de la Gobernación al general Zenón Ovando quien fusiló a más de 50 rebeldes sin causa ni proceso. En la ciudad de San Francisco de Macorís, el gobernador Zenón Toribio, de instintos primitivos, y rodeado de una camada de matones, aplicó la ley de fuga a una gran cantidad de prisioneros. En enero de 1906, los caceristas lograron abatir en Puerto Plata al romántico general Demetrio Rodríguez, considerado la primera espada del jimenismo y desbandar a los demás que cruzaron la frontera; a fines de 1909, asesinaron también en Juana Méndez al general Andrés Navarro.

Por las medidas adoptadas a favor de la construcción del Estado-nación y del orden social, por la pulcritud en el manejo de los fondos públicos, así como por la integración de varios intelectuales al tren administrativo, el régimen de Cáceres fue ponderado positivamente por los grupos ilustrados urbanos. Al gobierno se integraron tanto jimenistas como horacistas, aunque Vásquez, disgustado por los abusos de la Guardia



Republicana, le retiró su apoyo al régimen y se marchó al exilio, lo que representó el principio del fin, pues en el exilio se fraguó, una vez asesinado Cáceres, una bestial embestida contra el cacismo, en la que se fusionaron jimenistas, sobre todo la facción encabezada por el general Arias y horacistas, liquidando de esta manera los intentos por edificar un poder centralizado.

Bonó fue un crítico acérrimo de la común tendencia de los gobernantes de disponer de una “*servidumbre adicta*”, “*guardia pretoriana*” o Comandantes de Armas, a quienes les otorgaba amplias facultades para sofocar las rebeliones. Estos jefes militares constituyeron entonces “*señoríos feudales*”, “*baronías o señores de horca y cuchillo*”, o “*cacicatos*”, quienes se vinculaban al poder central,

*“no por las instituciones ni las máximas sólo por el simple convencimiento de los referidos caciques que deben ser fieles a su señor, pues ningún otro tolerará sus desmanes y desafueros.”*<sup>20</sup>

Pero fue con la Intervención Militar Norteamericana de 1916-24 cuando finalmente se alcanzó la modernización del Estado y la homogenización del territorio a través de la construcción de una red nacional de carreteras, que se erosionaron los cimientos del poder regional. El desarme general de la población, junto a la formación de un ejército moderno fue el canto de cisne del caudillismo. Ya en esta última etapa, los caudillos eran percibidos por las élites urbanas como un puro anacronismo. De hecho, caudillismo y ocupación fueron dos males ampliamente repudiados por las élites ilustradas.

---

20 Pedro Francisco Bonó. *Ensayos sociohistóricos. Actuación pública*, p. 175.



Dentro de los caudillos noroestanos, merece destacarse la figura del general Demetrio Rodríguez (1866-1906). Este valeroso caudillo militar puede ser tipificado como un caudillo atípico, en tanto procedía de una acaudalada familia montecristeña, cuyos padres realizaron ingentes esfuerzos por sustraerlo del lúgubre mundo de las revueltas. Casi con toda seguridad podemos aseverar que se trató de uno de los más cultos caudillos dominicanos, pues realizó estudios en el colegio “San Luis Gonzaga” de la ciudad capital y, luego, en otros centros educativos de Estados Unidos y Europa. Su apreciable nivel formativo lo diferenciaba de los caudillos medievales.<sup>21</sup>

Aunque era extremadamente valiente, “*el torito*”, como se le conocía, nunca mató con redundancia ni por puro placer como lo hicieron otros caudillos, sino en el marco de los combates. Rodríguez participó en las revueltas por puro placer, acorde con su mentalidad caballeresca; su objetivo supremo consistía, al igual que los caballeros de la Edad Media, en disfrutar de las aventuras guerrilleras.

En muy pocos de los caudillos militares de nuestro país se conjugaron los rasgos que logró aglutinar el general Rodríguez, en quien podemos constatar muchas de las virtudes inherentes a los caballeros medievalescos, tales como: el apego a la palabra empeñada; la cortesía; la escasa estima por su propia vida; la afición por la guerra; la valoración de la fama por encima del dinero (“*vámonos a ese escenario a hacernos grandes*”), dijo en una ocasión; la convicción de que empleaba su arma por una causa justa; la admiración por los caballos; la práctica de la cacería (en el

---

21 Otros caudillos nacionales con elevado nivel de instrucción fueron Luis Felipe Vidal, José del Carmen Ramírez y el profesor Fidel Ferrer.



caso de Demetrio la lidia de gallos); la defensa a ultranza del honor ante cualquier ofensa; y sobre todo, la valentía.<sup>22</sup>

Demetrio era un espíritu abierto, alegre, romántico, enamorado; gracias a la posición económica de sus padres pudo disfrutar de todos los placeres y satisfacciones, en función, claro está, de los patrones de diversión predominantes en su época. Su afición por las mujeres fue probablemente uno de los pocos rasgos que compartió con los demás caudillos.

Uno de los episodios en el que participó el general Rodríguez, y que alcanzó ribetes netamente caballerescos, fue su enfrentamiento con el general Raúl Cabrera, amigo de infancia y cuñado, en la comunidad de Los Montones, San Pedro de Macorís, el 21 de enero de 1904. De él dió cuenta Juan Bosch en su romance *El combate de los Montones*. Antes de entrar en liza, entre ambos generales se produjo un inusitado intercambio de correspondencia en el que Demetrio intentó evitar el combate.

En la muerte de Demetrio intervinieron dos factores determinantes: En primer término, su obsesión por las aventuras lo condujo a ofertar apoyo a un presidente Morales, virtualmente acorralado y; en segundo lugar, a la traición del general horacista Jesús María Céspedes.

Por último, y a modo de conclusión, quiero destacar que en el período 1886–1931, tanto en los casos de Heureaux, Cáceres y Trujillo, las elites ilustradas urbanas clamaron por el autoritarismo. De hecho, la más señera figura de este grupo, Pedro Francisco Bonó, tenía la certeza de que la sociedad dominicana había sido organizada por el despotismo. En los umbrales de 1930, en un entorno caracterizado por la indigencia cultural y material y como respuesta a la pertinaz



inestabilidad que generaban los caudillos, los intelectuales nacionales se adherieron al despotismo trujillista.

El punto de entronque con el incipiente orden autoritario fue el repudio al caudillismo y la ideología nacionalista. De hecho *La mañosa. La novela de las revoluciones*, de Juan Bosch, quien en su juventud asumió ideales radicales, se inscribía en la línea de repudio al caudillismo como el supremo mal a combatir. Aunque el texto que mejor ilustra las motivaciones del selecto grupo de intelectuales para integrarse al régimen de fuerza y legitimarlo ideológicamente fue el ya referido, *El pozo muerto* de Héctor Incháustegui Cabral. De esta manera, se cumplió la certeza teórica enunciada por Marx en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* de que los grandes hechos y personajes de la historia aparecen dos veces, una vez como tragedia y la otra como farsa, pues el nacionalismo enarbolado por los intelectuales trujillistas era mixtificado.<sup>23</sup>

---

23 Un análisis exhaustivo de la problemática lo encontramos en Roberto Cassá. *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1991.

